

república. Poniendo, pues, por obra la energía que da la union en medio de adversarios divididos, hizo votar por fuerza al parlamento un bill (1648) que prohibía toda comunicacion con el rey, lo que equivalía á deponerle.

El pueblo, que habia esperado algun alivio en la paz, comenzó entonces á murmurar; la compasion que inspiraba el rey, le ganó amigos, y la escuadra se declaró en su favor, como tambien los escoceses arrepentidos. Pero Cromwell derrotó á los realistas, y, entrando en Escocia, alejó del gobierno á todos los moderados.

Su victoria no dejó subsistir más que un sólo poder, el de la espada, que habia triunfado. Se predicó una nueva doctrina (1648), la de la soberanía del pueblo, que confia la autoridad á quien quiere, y la retira cuando le acomoda. En su consecuencia, se declaró á Carlos incapaz de reinar, y los comunes decidieron que debía enjuiciársele como culpable de las desgracias públicas.

Antes de confirmar esta decision, la posteridad debe apreciar las circunstancias. Cada partido pretendia entonces, como siempre, ser el sólo poseedor de la verdad. Pronunciarse en favor del uno era enajenarse la voluntad del otro; proclamar la libertad religiosa, era ofender á todos. ¿Qué no intentó Carlos desde el momento en que se sentó en un trono vacilante? Trató primero de ocupar fuera el ardor nacional, pero sus empresas fracasaron; recurrió entonces á la economía y á la paz, pero el silencio á que condenó al parlamento, valió á aquella asamblea la popularidad: en fin, la rebelion de los escoceses y el ardor de los presbiterianos, hicieron imposible la tranquilidad y fué preciso rechazar con las armas la pretension de una reforma universal.

Asustado Carlos, incurrió en nuevas debilidades abandonando al suplicio á siete de sus amigos; despues de lo cual declaró el parlamento que el rey habia hecho bastantes concesiones para pensar en la paz. Pero Cromwell, que no sabia quedarse á medio camino, hizo poner preso al rey, y marchó sobre Londres con un ejército. Cincuenta y dos presbiterianos del parlamento fueron presos, otros excluidos, y los independientes que permanecieron solos, decretaron que se formaría causa al rey. Los lores rechazaron este bill; pero los comunes

declararon que representaban al pueblo inglés, y que desde luego se encontraban investidos con la autoridad suprema, que cada una de sus deliberaciones tenia fuerza de ley, sin que hubiese necesidad del consentimiento del rey ó de los pares. Fairfax se pronunció abiertamente contra aquel atentado; *Cromwell*, dijo, *no tener opinion determinada, pero que se sometia á la providencia de Dios, que parecia confiar esta elevada é importante mision á los miembros del parlamento.*

En el país del jurado, el rey se vió privado de esta garantía. Tuvo que presentarse ante una comision especial de la que formaban parte Cromwell, Ireton, su yerno, con otros *Samueles y Gedeones* encargados de juzgar al gran *Barrabás*. Cromwell, que proclamaba la soberanía de la inspiracion y de la palabra, decia que si alguno hubiese propuesto con premeditado designio, acusar al rey, le tendria por un traidor; pero que la Providencia los habia conducido á ello; rogaba á Dios bendecir sus consejos. *Ultimamente, decia, como me dispusiese á pedir que se pusiese en libertad al rey, sentí pegárseme la lengua al paladar, lo que me dió á conocer que la voluntad de Dios lo rechazaba.*

Muy afijido ya Carlos de no verse tratado como rey, no podia creer que se llegase á juzgarle. Pensaba que sólo querian asustarle; que en todo caso la Escocia se sublevaria, y que los reyes extranjeros se opondrían. Pero el de Dinamarca, su primo, guardó silencio; la España sostenia relaciones amigables con el parlamento; la Francia dió algunos pasos, pero sin insistir; los escoceses protestaron, y los Estados Generales enviaron una embajada que no tuvo resultado. Conducido Carlos ante los comisarios, exclamó: *No veo aquí á los lores y yo mismo formo parte del parlamento;* y constantemente se negó á contestar. Cromwell firmó la sentencia de muerte, y con la pluma de que se acababa de servir, pintarrajeó la cara á Enrique Martyn, que usó con él de igual chanza. Diciendo bufonadas, y llegando hasta coger la mano algunos de ellos, fué como consiguió hacer firmar la sentencia á cincuenta y nueve de sus colegas. Habiendo oido el rey al salir las voces de los soldados que se habian pagado. *Desgraciados, dijo, son inclinados á esto por sus oficiales, con quienes harian otro tanto por un*

## CAPITULO V

República inglesa

*poco de dinero.* Habiéndole escupido uno al rostro, no pronunció más que estas palabras: *Otro tanto sufrió el Salvador del mundo.*

Su sentencia produjo grande impresion. Tratóse de remediarla con ayuda de la legalidad de los presbiterianos, y con el sacrificio de algunos lores, sus consejeros, que se declararon culpables de actos que se le habian imputado. Pero los inspirados no entendian razones; los realistas eran mal dirigidos y además estaban persuadidos que no pasaria de una simple demostracion.

Decia la sentencia que Carlos habia sido hecho rey de Inglaterra, y recibido en depósito una autoridad limitada; que despues habia hecho la guerra al pueblo y á sus representantes, con objeto de aumentar las prerogativas reales; en su consecuencia, era condenado como tirano, traidor, asesino y enemigo del pueblo. Ahora bien, nada habia en esto de cierto: no habia sido hecho rey, sino que habia nacido tal; la monarquía no se le habia concedido en depósito, la habia adquirido por la casualidad del nacimiento; su poder no era limitado sino por la fuerza; y cuando fué mayor la del pueblo, el pueblo quiso que muriese, en expiacion de aquella suprema autoridad, de que sólo se habia hecho responsable.

Es cierto que habia violado las leyes del reino con mentiras y actos opresivos; que habia usurpado las funciones de la legislatura, impuesto arbitrariamente contribuciones, puesto trabas á la libertad de las discusiones, desconocido el derecho de peticion, hecho arrestos ilegales y dado demasiadas pruebas para que no se fiasen de sus palabras; y los mismos que tomaban su defensa, sentaban este absurdo principio: *Era un mal rey; pero un hombre honrado.* Sea lo que se quiera, su suplicio fué perjudicial á la causa de la libertad, tanto más que si mereció la muerte por las intrigas con que quiso sostener el absolutismo que sus predecesores le habian desgraciadamente transmitido, la sufrió generosamente. La compasion que inspiró fué general, sobre todo despues de la aparicion de un libro que escribió, dicen, en su prision. Cromwell quiso ver el cadáver del monarca despues de estar en el ataúd; y levantándole la cabeza: *Cuerpo bien constituido y que aún prometia vivir mucho tiempo.*

No se trató entonces de aliviar las cargas públicas, sino de destruir al gobierno. Los comunes declararon que «el empleo del rey es inútil, oneroso y peligroso á la libertad, la seguridad, el bien del pueblo;» y en su consecuencia fué abolido. El dia antes se habia suprimido la cámara de los pares; y la burla de los vencedores inscribió en las puertas del palacio de Whitehall: *Esta habitacion se alquila: Predicando Hugo Peters, capellan de Fairfax, á los restos de ambas cámaras, decia á los generales: Como Moisés, sois elegidos para sacar al pueblo de la servidumbre de Egipto. ¿Cómo se verificará este designio? Es lo que aún no se me ha revelado.* Apoyando entonces la cabeza entre las manos, se inclinaba hácia el almohadon colocado delante de él; mas levantándose pronto: *Os voy á decir la revelacion. Este ejército extirpará la monarquía, no sólo en este país, sino en Francia y los demas reinos que nos rodean. De esta manera os libertareis de Egipto.*

Declaróse, pues, la república, y se adoptó un sello con esta inscripcion: *Año 1.º de la libertad restaurada por la bendicion de Dios, 1648* (estilo antiguo). Se sustituyó en el *Padre nuestro*, á las palabras de costumbre, *que llegue vuestra república.* La familia real fué proscrita; fué un crimen de alta traicion reconocer por rey á *Carlos Estuardo, llamado principe de Gales*, y algunos de los principales realistas fueron sentenciados á muerte. No era suficiente para muchos; habia quien pedia la libertad de conciencia, que se hiciesen las leyes en la lengua nacional é iguales para todos; que los acusados fuesen juzgados con prontitud; que se excluyese á la fuerza de los negocios civiles; algunos llegaban hasta desear la individualidad, suprimiendo toda comunidad.

Opúsose Cromwell á doctrinas poco sociales constituyendo una república posible. Impulsado al poder por la ambicion, caminaba á la ventura; pero diariamente sabia sacar partido de lo que le era ventajoso. Afectando humildad en medio de los triunfos, la abnegacion en el seno del despotismo, despues de haber dirigido la revolucion en la resistencia, la gobernaba en la victoria y en el restablecimiento del ór-

den. Habíase proclamado la libertad de la prensa y la de la predicación; pero eran reprimidas si no correspondían á sus miras. Los que invocaban los derechos con cuyo pretexto se había sublevado el pueblo, eran presos y sentenciados á muerte. El ejército, que los pedía, y los niveladores, inflexibles lógicos, que querían asegurasen, recurrieron á las armas; pero Cromwell cayó de repente sobre ellos, cogió á cuatrocientos y envió á los fautores al suplicio.

Durante aquel tiempo continuaba la guerra en Irlanda con encarnizamiento. Una insensata devoción, producida por la lectura de la Biblia, hacía concebir á Cromwell el designio de exterminar la población indígena, para sustituirle otra inglesa, único medio de obtener la obediencia; en su consecuencia, exigió enormes sumas, hipotecando los bienes que debían ser confiscados. Mandó no dar cuartel á ningún irlandés que arribase á Inglaterra. Los que eran cogidos en los barcos eran arrojados al mar; se les perseguía en los bosques como á fieras, se les degollaba en la cama y se violaban los tratados. La pasión era la terrible ejecutora de la ley, con objeto de reducirlos á la desesperación y procurarse un pretexto para aniquilarlos. Extensas comarcas quedaron enteramente assoladas y desiertas, hasta el punto que era preciso para atravesarlas, llevar consigo los víveres. Los rebaños, único recurso del país, habían perecido, y la guerra hacía la miseria aún más cruel.

Con arreglo á las órdenes de Carlos I, el marqués de Ormond había resucitado la facción realista en el país, que concluyó de empobrecerse sosteniéndola. Llegó después Cromwell con sus santos; batió el ejército irlandés, é hizo una horrible matanza. Circuló la noticia de que hacía asesinar á todos los irlandeses desde diez y seis hasta sesenta años, arrancar á los ojos á los de seis hasta diez y seis, y atravesar los pechos de las mujeres con un hierro candente. Estas exageraciones manifiestan el terror que inspiraba, y las atrocidades cometidas en las ciudades conquistadas; las ejecuciones en masa eran demasiado ciertas. En Tredagh no sobrevivieron más que treinta personas, que fueron condenadas á trabajos forzados; lo mismo sucedió en Wexford y con otras partes. Hugo Peters escribía: *Ya sois dueño de Tredagh. Tres*

*mil quinientos cincuenta y dos enemigos han sido muertos; no se liberta á nadie. Salgo de la iglesia principal, adonde he ido á dar gracias al Señor.* Otro tanto contienen las cartas de Cromwell, que hizo vender á muchos irlandeses en la Barbada como negros, y regaló á algunos diputados que le habían enviado al parlamento, un caballo y dos prisioneros á cada uno. Después de haber contado estas sangrientas devastaciones, terminaba diciendo: *No me lo agradecen, pero Dios lo ha querido; y no escribía nunca á su familia ni á sus amigos sin pedir oraciones para su alma.*

Ludlow, general de los republicanos, nos describe el espanto de los irlandeses que huían por todas partes, hasta el punto de ser imposible encontrarlos. Habiendo sorprendido á una partida de ellos, mató á muchos, persiguió á los demás; y como se refugiaron en una gruta, hizo disparar cañonazos desde su entrada, más no saliendo nadie la prendió fuego, sin conseguir aún hacerlos salir.

Crofton Croker refiere este testamento de un compañero de Cromwell: «Que se coloque mi ataúd sobre una mesa de encina, en el cuarto oscuro. Se convidará á cincuenta irlandeses á velarme dando á cada uno tres cuartillos de aguardiente, y se pondrá un puñal delante de cada uno de ellos. Cuando hayan concluido de beber, que se cierre mi ataúd y se entregue mi cuerpo á la tierra de donde procede.»

Como le preguntasen por qué quería regalar á los irlandeses á quien nunca había querido: *Porque, dijo, no dejarán de emborracharse, y en la embriaguez se darán muerte unos á otros. Si todo inglés hiciese otro tanto, pronto, se vería la vieja Inglaterra libre de esta mala semilla.*

Habiendo empuñado de nuevo las armas los irlandeses por un momento, no tardaron de ser reprimidos. Pero como los mismos verdugos se cansaron de degollar, y concluyeron por asustarse del horror que inspiraban, la isla no pudo ser despoblada enteramente. Entonces comenzaron las justicias de un tribunal que se denominó *tribunal de matanza (slaughter-house)*. Millares de desgraciados fueron desterrados; vendieron veinte mil en América; mil doncellas arrancadas de los brazos de sus madres fueron, en una sola vez, embarcadas para la Jamaica. Habiéndose autorizado á todo oficial irlandés á

hacer en el país tantos alistamientos como pudiese para el servicio extranjero, cuarenta mil salieron con este objeto; nuevo procedimiento de despoblación. Se prometió á Phelim O'Nial concederle su perdón, si confesaba haber recibido comisión de Carlos; pero persistió en negar hasta la horca.

La obra de Cromwell fué continuada por su yerno Ireton; y se restableció en vigor el derecho de conquista á la manera de los paganos, que deja el vencido á merced del vencedor. Tres mil novecientos millones de fanegas de tierra (cinco millones de acres) se arrebataron á los antiguos propietarios, y dados ó vendidos á los negociantes que habían adelantado el dinero necesario para sueldo de las tropas, sirvieron para pagar deudas, ó para satisfacer la avaricia.

Después de tantas matanzas aún quedaban ocho católicos por un protestante. El parlamento había decretado que no era su intención que se aniquilase á la nación irlandesa, y que hasta se podía perdonar á los aldeanos, pastores, artesanos y cualquiera otra persona de baja esfera. Se mandó, pues, que se excluyese á los católicos de tres provincias de y cuatro, y que no pudiesen habitar sino en el Conaught. Fueron llevados allí desnudos, encerrados como rebaños, y los que salían de aquellos límites podían ser muertos por cualquiera.

Desde este momento un odio mortal se perpetuó entre ambas naciones; odio que fué un manantial de males para la misma Inglaterra, precisada por una primera injusticia á cometer otras nuevas sin cesar, y no pudiendo admitir á la Irlanda á participar de los mismos derechos que ella, por no poder restituírle los bienes usurpados.

Vencidos los anglicanos en Inglaterra y los católicos en Irlanda, aún quedaban los calvinistas en Escocia (1650). No agradando á este país una libertad tiránica, y compadeciendo la desgracia del rey, resolvió reconocer á su hijo, que tomó el nombre de Carlos II. El príncipe envió allí á Montrose, «uno de esos hombres que no se encuentran sino en Plutarco;» pero habiéndole cogido los presbiterianos le dieron muerte con cruel alegría.

Carlos II, que, á fuerza de contemporizar y entregado á las mujeres y diversiones, había

sido causa de aquella muerte, cometió la baja de negar la misión cometida á su fiel servidor, y acudió con una escuadrilla que le proporcionó el príncipe de Orange. Aceptó el *convenant*, y se sometió á todas las humillaciones sin participar de ninguna autoridad. Cuando su coronación, un ministro presbiteriano le declaró que era rey por un convenio con el pueblo; que su poder era limitado por la ley de Dios y del pueblo, quien tenía el derecho de resistirse á todo abuso de autoridad, que si imitaba la apostasía de su padre, debía esperar concluir como él. Todo lo sufrió Carlos II, resignándose hasta oír seis sermones al día. No se adquiere un trono y la estimación de un pueblo con semejantes medios.

Fairfax tuvo escrúpulo de pelear contra los convenentarios; confióse, pues, la guerra de Escocia á Cromwell. El fanatismo religioso reinaba en ambos ejércitos. A cada momento los ingleses *santificaban* el campo por sí mismos: los escoceses con el concurso de sacerdotes; los entusiastas pretendían sustituir á los consejos de la prudencia sus propias inspiraciones. Cromwell mandaba veteranos contra los novicios reclutas de Escocia. Sin embargo, Leslie, evitando llegar á las manos en un país asolado, le había reducido á la última extremidad; pero los predicadores se pronunciaron con tanta vehemencia contra aquella desconfianza de Dios y de la bondad de su causa, que se vió obligado á dar una batalla y dejarse vencer; más *Dios puso á Edimburgo en manos de Cromwell.*

Perdieron entonces los ministros presbiterianos algo en la opinión; y habiendo recobrado Carlos II alguna autoridad, reclutó tropas con las que penetró en Inglaterra (1651), donde peleó como héroe; pero desanimados sus partidarios, no le secundaron. Derrotado, en fin, por Cromwell en Worcester, huyó por espacio de cuarenta y un días en medio de romancescas aventuras, y hasta viendo pasar á los soldados enemigos por debajo del árbol donde estaba oculto. En fin, un barco de pescadores le trasladó á Normandía. Abolióse la dignidad real, y se reunió la Escocia á la república inglesa.

Quedó, pues, asegurada la nueva forma de gobierno; el partido católico se había sometido en Irlanda, la facción calvinista en Escocia; las

colonias americanas reconocían á la república; habiéndose negado á ello la Holanda, Cromwell le hizo una guerra comercial. Observando la posición insular de la Gran Bretaña, y el carácter activo y tenaz de sus habitantes, concibió el proyecto de constituir la industria en una guerra permanente con respecto á las industrias extranjeras, y aislando los intereses del país de los de toda la Europa. Excluyó, pues, con el *acta de navegación* las mercancías de toda Europa, importadas de otra manera que en barcos ingleses, y todo otro pescado que el de la pesca inglesa; este fué un gran perjuicio para la Holanda, que se enriquecía con los trasportes. De esta manera fundó un sistema marítimo que usurpaba los derechos y amenazaba á los intereses de las demás naciones, haciendo creer á la Inglaterra que le pertenecía dar leyes al mar. El interés comercial permanecía de esta manera asociado indisolublemente al poder del Estado; de aquí el cuidado que tuvo el gobierno inglés de encontrar salidas á la industria, separar de ella todos los obstáculos, descubrir nuevos países, y establecer colonias.

La grandeza marítima de la Inglaterra fué, pues, fundada por Cromwell, y como las revoluciones hacen surgir de repente grandes hombres, se vió á Blake, almirante á los cincuenta años, rivalizar con Tromp y Ruyter. Monck, que le sucedió empleando mayores buques con mayor artillería, aseguró la superioridad británica, y, como decía Cromwell, «despidió á los pantanos á las ranas bálticas.» Blake limpió el Mediterráneo de los piratas que le infestaban; Penn hizo la conquista de la Jamaica para humillar á la España. La guerra contra esta potencia se había declarado de repente, y acababa de interrumpir el comercio que comenzaba á prosperar; pero era muy popular, por ser á una nación intolerante, supersticiosa, al rey de la Inquisición, por lo que no se dudaba que Cromwell venciese. Animado el protector con la protección del cielo de que los vencedores no dejan nunca de alabarse, y con el apoyo del ejército; lisonjeado en su orgullo con los triunfos que le colmaban de alegría, se dedicó á vencer las costumbres de libertad arraigadas en la nación. Como el parlamento desconfiaba de su grandeza é intenciones, trataba de desacreditarle como traidor á la justicia y á la re-

ligión. Decía á Lud Cow: *Es cosa miserable servirse de un parlamento; y otras veces: Estas gentes no permanecerán tranquilos mientras los soldados no los saquen por las orejas.* Hizo además presentar por las tropas una petición, con consejo á la cámara (reducida de quinientos trece á ciento cuarenta miembros, y deshonrada con el nombre de *corrompidos*), disolverse para ceder el puesto á otros que tenían también el derecho de gobernarse. Irritóse el parlamento; pero Cromwell entró en el salón con trescientos mosqueteros: *Vamos, vamos*, dijo, *ya no pertenecéis al parlamento; el Señor os ha desechado.* Y protestando haber suplicado al Señor día y noche para que no le destinase á aquella misión, los arrojaba diciéndoles al uno: *Tú eres un pícaro;* al otro: *tú un borracho; tú un libertino; tú un salteador de caminos;* después, cuando hizo evacuar el salón, se metió las llaves en el bolsillo (1653). De esta manera concluyó el largo parlamento. Después de haber existido ilegalmente, pereció por una ilegalidad víctima de la misma fuerza que le había sostenido.

Después de haber roto las trabas que le oponían los hombres para no obedecer más que á la necesidad, ley de Dios, gobernó Cromwell con un despotismo militar, á la cabeza de un consejo de doce personas, número de los apóstoles. Le hizo nombrar ciento cuarenta y cuatro diputados, y en su calidad de capitán general de las fuerzas de la república, invitó á aquel simulacro de representación nacional á tomar parte en el gobierno. Eran personas vulgares, sin instrucción, desconocidos del país, pero dotados del don de la oración y de la predicación; no habían intrigado por la diputación, sino que habían sido elegidos por el mismo Dios, es decir, por el ejército, su órgano. Abandonaron sus nombres profanos para adoptar los de Sedecías, Habacuc, Josué, Zorobabel. Despreciados y despreciables, se vieron precisados al cabo de seis meses á ceder su autoridad al consejo militar. Este confió á Cromwell el gobierno vitalicio de la república de Inglaterra, como á su *protector*. Tolerancia para todas las religiones, excepto para los episcopales y papistas; por lo demás, plenos poderes al nuevo jefe del Estado como en otro tiempo al rey (1654), con solo la condición de tomar parecer de un con-

sejo y convocar el parlamento cada tres años, lo ménos por cinco meses. El protector no podía hacer leyes nuevas, derogar las antiguas sin el parecer del parlamento, ni rechazar las que había votado. Realizóse, pues, definitivamente el engrandecimiento de la Gran Bretaña con la reunión de los diputados de los tres países en un sólo parlamento.

Cromwell era, pues, rey como los demás príncipes que le habían precedido; pero, en lugar de proclamar el derecho divino, consagraba la autoridad parlamentaria. En efecto, aunque sacando partido de los falsos terrores que sirven de pretexto al poder absoluto, no se atrevió á violar el principio revolucionario, ni á abolir el parlamento; y, aunque contrariado en cada nueva elección, se limitaba á hacerle cargos, amenazarle con los soldados, sin atreverse á reinar sin él. En suma, respetaba la libertad civil, pero la colocaba después de la libertad religiosa. De aquí procedían sus actos despóticos, y al mismo tiempo la constancia de la oposición, por la cual se encontraba siempre escaso de dinero en medio de tantas empresas. Fanáticos predicadores, y sobre todo los anabaptistas, trataban en el púlpito de las cuestiones debatidas en la cámara. El, que había atacado al episcopado para derribar á la monarquía, conocía que los que habían destruido el sacerdocio no sufrían ninguna autoridad civil. Cromwell tenía adhesión á las opiniones anárquicas; y, en el discurso de apertura de 1654, exclamaba, quejándose de que la libertad política de conciencia sirviese de velo á los más funestos extravíos: *Aquellas abominaciones han llegado á tal grado, que el hacha ha atacado hasta las raíces del más sagrado ministerio, como una institución idólatra y anti-cristiana; y así como en otro tiempo un hombre por reputación que tuviese, no podía predicar si no era sacerdote, en el día, por el exceso contrario, se pretende que el sacerdocio destruya la vocación.*

Los pueblos reconocieron á Cromwell; era generalmente respetado, y los poderosos le adulaban. Mazarino, que en secreto le creía un loco feliz, decía en alta voz que era el genio del siglo, y le regalaba alfombras de los Gobelinos. Luis XIV se descubría al hablar con sus embajadores, y le ofrecía de regalo una espada. Cristina le admiraba por haber expulsado al

parlamento; el rey de Portugal le trataba de hermano, y el de España le aconsejaba se hiciese coronar; la Polonia reclamaba su asistencia contra la Rusia, y el vaivode de Transilvania contra los turcos; Génova le agradecía la seguridad que había dado al comercio, y Zurich le reclamaba como aliado, pues se había proclamado protector de los estados protestantes, título que le aseguraba en todas partes amigos.

En el tratado que hizo con Luis XIV, exigió que no añadiese ningún otro título al de rey de Francia, y le obligó á arrojar á los Estuardos en virtud de un acuerdo secreto; pero uniéndose á él contra la España, no conoció la grandeza rival á que caminaba la Francia, y rompió el equilibrio entre ella y el Austria. No conoció tampoco que la Holanda debía ser su aliada natural, y le hizo una guerra de envidia de comercio, aunque seguida de una paz gloriosa, por la cual la obligó á no nombrar por stathouder á un príncipe de Orange. No se observa en sus actos el proyecto que se le ha supuesto de una alianza de los reyes protestantes contra los católicos del Norte, emancipado contra el Mediodía avasallado. Pero es cierto que aumentó la extensión de su nación, que le aseguró el canal de la Mancha con la adquisición de Mardyck y Dunkerque; que elevó á la marina al mayor grado de poder, poniéndola en estado de pretender la soberanía de los mares, y que pudo expresarse en estos términos: *Parece que el Señor ha dicho: Inglaterra, tú eres mi hijaprimogenita, mi predilecta entre las naciones. Nunca ha hecho otro tanto el Señor en la tierra por ningún pueblo. Ha añadido un nuevo eslabón á la cadena de oro de sus bendiciones, nos ha dado la paz con nuestros vecinos.*

No faltaron al protector las lisonjas de los literatos; Milton combatió los sentimientos generosos contenidos en el *Eicon basiliké*, al cual opuso el *Iconoclasto*, conjunto de innobles insultos contra un rey muerto, en el que saca sus blasfemias del mismo libro divino que inflamó su genio. Cuando Cromwell se apoderó de las galeras de España, el poeta Waller, que, después de haber sido desterrado por realista, había obtenido su perdón y vivía en la corte del protector, se dedicó á celebrar aquel triunfo: «Hace varios meses, decía, que nuestras fuerzas están en los mares bloqueando á la Es-